

El análisis político y económico de los doctores Vicente Massot y Agustín Monteverde

De modales y cosmética

El operativo comando que tuvo lugar la semana pasada en la Panamericana, a plena luz del día, debió ser materia de honda preocupación para el gobierno nacional, el de la provincia de Buenos Aires y la clase política en general. Sin embargo, la conmoción que produjo duró apenas cuarenta y ocho horas y no suscitó un debate, como era de esperar, entre quienes disputarán supremacías en octubre del año próximo para definir al sucesor de Cristina Fernández.

En la Argentina suceden cosas como estas: una sociedad que, desde hace una década, confiesa como su principal motivo de preocupación a la inseguridad, hace poco y nada cuando se produce un hecho que, sin ir más lejos en el análisis, transparenta de parte de la delincuencia un grado de preparación, logística, armamento y sadismo, inéditos. En el discurso el tema parece importar, pero basta que la noticia deje de ser tapa de los diarios para que la indignación colectiva desaparezca como por arte de magia.

Es cierto, a veces reacciona airada y se moviliza. Eso fue lo que pasó después del asesinato de Axel Blumberg. Sólo que todo lo que consiguió de parte de las autoridades en términos de cambios en la legislación penal, se evaporó con el tiempo y nadie habló más de las reivindicaciones en torno de las cuales el padre del joven muerto había montado su programa.

Los ejemplos traídos a comento no son los únicos que merecen repasarse. En otro orden de cosas que también —de creerse en las encuestas— preocupa a los argentinos desde hace rato, su

comportamiento resulta idéntico al anterior. De lo contrario los escándalos del ex–secretario de Transporte, Ricardo Jaime, generarían una ola de críticas a la administración que lo cobijó, le dio el poder para hacer cuanto quisiera, le permitió manejarse con una impunidad total y ahora actúa como si nada hubiera sucedido.

Es pertinente, pues, prestarle atención a esta suerte de esquizofrenia social, doble standard de conducta o irracionalidad —como se prefiera llamarla— de una comunidad que dice molestarle una determinada realidad, no hace nada para modificarla e insiste en sorprenderse o indignarse por los resultados que se repiten sin solución de continuidad.

Si a la gente realmente le quitase el sueño la inseguridad y no pudiese vivir presa del miedo que manifiesta tener, votaría de manera distinta. Si le asquease la corrupción, como dejan en claro todos los relevamientos hechos a lo largo y ancho del país, su convicción moral se trasladaría directamente a las urnas y se haría sentir cuando llega la hora de elegir a las autoridades que habrán de gobernarnos. Pero nada es lineal en términos de las confesiones ciudadanas y las tendencias electorales.

Seguramente lo que declaran los argentinos en referencia a la inseguridad y la corrupción —para mencionar dos temas principalísimos de nuestra agenda política— es cierto. Vivimos en zozobra permanente y sabemos que la actual administración roba a mansalva. No obstante lo cual, las mismas personas que piensan y sienten así no dudan hoy en respaldar a Cristina Fernández y Daniel Scioli, por ejemplo. Se lo endiosa a Kirchner y se lo excomulga a Jaime.

Lo dicho simplemente refleja cómo piensa y actúa buena parte de nuestra ciudadanía que, en orden a participación en los asuntos públicos, vota cada dos años y luego se desentiende de la política. Por eso se denomina a la democracia reimpuesta en 1983, *delegativa*. Un domingo, de las ocho de la mañana a las seis de la tarde, hacemos cola para votar por unos candidatos que nos presentan los distintos partidos. Cumplido el trámite, nos olvidamos del tema (delegamos en quienes gobiernan nuestros derechos) por los próximos veinticuatro meses.

Este fenómeno, que ha echado aquí ondas raíces, le confiere a una administración que comprenda la falta de interés, la disociación entre pensamiento y acción y la tentación delegativa de la gente, una gran ventaja sobre sus opositores si, además de tomar en cuenta estos datos de la

sociología política, maneja una caja abultada con discrecionalidad y tiene tiempo suficiente para aprovechar las oportunidades que se le presentan.

Cristina Fernández ha entendido los beneficios enormes que puede lograr victimizándose y cultivando la memoria de su difunto marido. Hoy estos resortes son más importantes que cualquier otro en el que pudiese pensarse a los efectos de forjar una estrategia electoral. Cabría decir, sin exagerar y sin ánimo de extenderle al gobierno una acusación de indolencia, que ha decidido hacer la plancha mientras pase desapercibido.

Por de pronto y sin cambiar nada del rumbo que lleva, la presidente ha bajado el tono de las acusaciones que, en vida, el santacruceño lanzaba contra sus enemigos. Hay cadena nacional pero no para retornos como si fuésemos chicos de colegio o para cargar lanza en ristre contra los monopolios mediáticos (léase Clarín) o para fustigar a los jueces díscolos. La presidente aparece más mensurada en sus ademanes y en sus discursos. Proclama generalidades que le gustan a todos y, mientras tanto, sin escándalos ni violencias mantiene las líneas directrices de su gestión. Lo que ha cambiado no es el fondo sino las formas y en ello radica el núcleo duro de la nueva táctica que ha desplegado el oficialismo a partir del 28 de octubre.

¿Con qué propósito específico? —Extender cuanto sea posible el *efecto duelo* y reposicionar a Cristina Fernández —tan devaluada hace un mes— que hoy se halla en el momento pico de su popularidad. La condición necesaria para pensar en la candidatura de la presidente es un piso de votos suficientes con los que hoy cuenta el gobierno. La condición suficiente es la voluntad de una mujer que, por un lado, no desea abandonar el proyecto de su marido —convertido en prócer— y, según versiones confiables, por otro escucha el pedido de sus hijos que no quieren saber nada con un nuevo mandato. Que no son inventos lo dejaron entrever las declaraciones de Aníbal Fernández, Florencio Randazzo y Daniel Scioli. Los tres hicieron mención, en ocasiones diferentes, al tema. Mientras los dos primeros, con buen criterio, proclamaron que no era momento para pensar en candidaturas, el gobernador de la provincia de Buenos Aires dijo ignorar cuáles eran los planes de la presidente para 2011. Solo Héctor Timerman, que no forma parte de los íntimos de Olivos, si bien es canciller por expreso deseo de Cristina Fernández, insiste en que la cuestión está cerrada y que ella será quien encabece la boleta del Frente para la Victoria.

Hasta abril o quizá hasta mediados del año que viene no sabremos la repuesta. Sí, en cambio, es claro el intento de suavizar los ademanes, atemperar las críticas, evitar los raptos lindantes con la histeria, olvidar los agravios y aparecer —siempre vestida de riguroso luto— como la portaestandarte de un legado que la desaparición repentina del santacruceño dejó inconcluso.

Quizá en otras circunstancias y frente a una sociedad algo más comprometida con los asuntos públicos, *hacer la plancha* no sería el camino más recomendable. Pero tratándose de la Argentina, resulta adecuado. No podría el gobierno recostarse sobre una política así por tiempo indeterminado. Sin embargo, le sería posible pasar el verano, prolongar el duelo y mantener abierta la incógnita respecto de las candidaturas. Por eso es que cualquier combinación resulta factible y no sería de extrañar que algunos de los nombres que han comenzado a sonar sean otros tantos globos de ensayo para calibrar su peso político y/o electoral. ¿Sergio Massa se lanzará a competir en Buenos Aires contra Daniel Scioli o se trata de una operación para instalarlo en el supuesto caso de que el ex-motonauta salga despedido escaleras arriba y deba ocuparse de responsabilidades mayores? ¿Será el gobernador de San Juan o el de Córdoba el eventual compañero de fórmula de Cristina Fernández? ¿Dejará su cargo el actual embajador en España, Carlos Bettini, para convertirse en el hombre de confianza de la presidente?

Muchos argentinos están hoy contentos con Cristina y la señora lo sabe. No tendría sentido que defraudase con arranques de cólera, insultos innecesarios o denuncias detonantes la confianza que tanta gente —incluida mucha a la cual le parecía insoportable hasta antes de la muerte de Néstor Kirchner— ha depositado sobre su persona. Es en consonancia con esta realidad que el oficialismo ha esbozado un plan de acción ingenioso: reconquistar a buena parte de los votantes de 2005 y 2007 —que le dieron la espalda en 2009— poniendo paños fríos a la confrontación permanente.

Moyano no se convertirá en mala palabra para el gobierno, aunque se le ha hecho saber que debe moderarse; Luis D'Elía no perderá las canonjías oficiales a condición de entender que la prepotencia de los años anteriores no podrá repetirse; nadie imagina a Guillermo Moreno renunciando, si bien será difícil verlo protagonizar escenas de pugilato. El kirchnerismo desea, en correspondencia con la nueva oportunidad que se le ha extendido a la presidente, cambiar los

modales. En una palabra, ha querido darle importancia a la cosmética. Por ahora le sirve. Estamos en la Argentina. Hasta la próxima semana.

Dólar cuasifijo + inflación y tasas en alza
La fórmula del pedal

- No es novedad que aquel lema del “tipo de cambio superalto” que constituyó inicialmente uno de los dos pilares del modelo económico K se ha evaporado de la mano de la inflación que el mismo modelo supo generar.
- El tipo de cambio nominal subió 4 % en los últimos doce meses pero el salto inflacionario fue siete veces mayor y provocó una notoria apreciación en términos reales.
 - En los últimos doce meses, el tipo de cambio real multilateral para el país se redujo 27 % y ya complica la ecuación de los sectores menos competitivos.
 - El tipo de cambio real es el cociente que surge de dividir el tipo de cambio nominal de un país por el índice de sus precios internos.
 - Se le llama “multilateral” cuando se lo compara con los tipos de cambio reales de nuestros principales socios comerciales.
 - Tómese por caso la industria textil, que vio duplicar la importación de hilados de algodón pese a las abultadas barreras de protección.
- La relación cambiaria del peso frente al dólar hoy es cercana a la de fines de 2001 pero subsisten dos importantes diferencias a nuestro favor.
 - Una es que la divisa estadounidense ha sufrido una significativa desvalorización.
 - La otra —y que ha tenido un papel sustantivo en el sostenimiento del modelo— reside en la reversión de la teoría Prebisch, con la formidable apreciación de nuestros términos de intercambio: para expresarlo en forma simple, exportamos caro y compramos barato.
- Si quedaban dudas sobre la posibilidad que el gobierno aprovechara eventuales movimientos alcistas del mercado, el comportamiento del BCRA en estos días las ha despejado.
 - El Central ha vuelto intervenir en futuros, vendiendo casi U\$ 300 MM el lunes y refrenando la tendencia alcista que mostraba el mercado.
 - En los meses inmediatos el BCRA buscará que el peso vaya depreciándose, lentamente y en términos sólo nominales frente al dólar.

- Alteraciones a esta situación podrían provenir de eventuales cambios significativos en el escenario internacional.
 - Podría ser el caso de una devaluación significativa del real brasileño.
 - Sin embargo, no será fácil para Brasil revertir la apreciación de su moneda mientras continúe el flujo inversor.
 - Por otra parte, la inflación brasileña está acelerándose y una devaluación generaría presiones adicionales sobre los precios.
 - Otra posibilidad es una caída en los precios de las materias primas.
 - En flanco interno, las presiones alcistas podrían sobrevenir recién cuando los riesgos de no retomar cobertura en moneda dura superen a los altos rendimientos locales.
- Por lo tanto, al menos en los próximos noventa días el peso debería continuar apreciándose en términos reales, al combinarse una lenta devaluación nominal con una inflación local en clara tendencia ascendente.
 - Con una inflación instalada en casi 30 %, los rendimientos locales seguirán siendo francamente negativos en términos de poder adquisitivo.
 - Pero serán positivos en términos de dólar.
- La tasa pasiva de referencia de los bancos privados (BADLAR) tiene más posibilidades de subir que el CER.
 - Economía ya ha dejado en claro que el anuncio de acuerdo con el FMI para la confección del nuevo índice es un mero disfraz para disimular que nos sometemos nuevamente a la inspección del organismo y que el gobierno argentino está dispuesto a seguir engañando a los acreedores con un ajuste de su deuda indexada muy inferior a la inflación real: el indicador no significará cambios para el CER.
 - Desde el desacreditado instituto estadístico ya advirtieron que el índice CER —que replica la evolución del IPC y sirve para indexar parte de los bonos en pesos— seguirá funcionando como en la actualidad.
 - “El CER está basado en el IPC del Gran Buenos Aires y va a seguir así”, afirmó el funcionario que actúa como vocero oficial.
 - Además, el ministro de Economía advirtió que “vamos a necesitar un plazo de entre dos y tres años para trabajar en este proyecto” (sic).
 - Esto le permite al gobierno ahorrarse cientos de millones de pesos al año bajo la forma de un menor pago de intereses de la deuda (aunque, correlativamente, lo lleva también a inflar los pagos correspondientes a los cupones ajustados por PBI).
 - Por otro lado, para contener las fuertes presiones inflacionarias del año próximo será necesario elevar las tasas de interés.

- La relajada política monetaria de los países desarrollados continuará incentivando la búsqueda de mayores retornos en países como la Argentina.

Secciones del Informe completo

- ◆ De modales y cosmética
- ◆ El circulante ya salta 36 % interanual
Un diciembre a toda orquesta
- ◆ Ampliaron por decreto en más de \$ 30000 MM el gasto
La contundente inutilidad del Presupuesto
- ◆ Dólar cuasifijo + inflación y tasas en alza
La fórmula del pedal